



Artículo: Sonia Corcuera de Mancera. De pícaros y malqueridos las huellas de su paso por la inquisición de Zumárraga. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Tecnológico Autónomo de México, Fondo de Cultura Económica, 2009, 257 p.

Autor(es): Romero Galván, José Rubén

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 93

Año: 2012

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Romero Galván, José Rubén. "Sonia Corcuera de Mancera. De pícaros y malqueridos las huellas de su paso por la inquisición de Zumárraga. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto Tecnológico Autónomo de México, Fondo de Cultura Económica, 2009, 257 p." Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 93 (2012): p. 15-17. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM

<http://hdl.handle.net/20.500.12525/3538>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Sonia Corcuera de Mancera, *De pícaros y malqueridos: huellas de su paso por la Inquisición de Zumárraga (1539-1547)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras/Instituto Tecnológico Autónomo de México/Fondo de Cultura Económica, 2009, 275 p.

José Rubén Romero Galván
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

Según se lee en el colofón, fue en diciembre de 2009 cuando salió de las prensas el libro *De pícaros y malqueridos. Huellas de su paso por la Inquisición de Zumárraga (1539-1547)* escrito por Sonia Corchera.

Han transcurrido alrededor de cuatrocientos setenta años desde el tiempo en el que se desarrolló la historia que la autora narra en este libro. En aquellos días, cargados de severas contradicciones nacidas de la presencia de nuevos poderes en estas partes del mundo que ya se nombraban Nueva España, los habitantes del pueblo de Ocuituco, que se encuentra ahora en el estado de Morelos, pudieron experimentar la presencia del mal entre ellos, en la figura del cura nombrado para cuidar sus almas y continuar la difícil tarea de evangelizarlos. ¡Terrible paradoja!

La historia, que desde el inicio del libro atrapa al lector, comienza con las acusaciones que el cura de Ocuituco, enviado para cumplir con las tareas de evangelización que habían abandonado los frailes agustinos, lanzó contra dos indios principales del lugar, lo que dio motivo a un proceso inquisitorial llevado a cabo por el arzobispo Juan de Zumárraga en su calidad de juez apostólico. Las dichas acusaciones implicaban a los indígenas objeto de ellas en la realización de ritos de su antigua religión.

Con el tiempo vino a descubrirse la verdad que mostraba que el cura acusador era realmente un delincuente. Hecho preso y juzgado por sus culpas, escapó de la cárcel a la que había sido confinado; fue a España donde consiguió documentos que lo protegían de la justicia novohispana. Volvió a estas tierras y fue hecho preso de nuevo. Cuánta razón tendremos en afirmar que ese hombre, que no merecía las órdenes sacramentales que ostentaba,

pasó por este mundo sembrando dolor, haciendo de aquellos que encontraba a su paso verdaderas víctimas de sus vicios y afanes pecaminosos.

Bien podría decirse que el libro de Sonia Corcuera muestra sabiamente cuán paradójica es la vida del ser humano. La más evidente de esas contradicciones la constituye el que quien tenía por obligación cuidar espiritualmente a los indígenas y a los españoles del curato de Ocuituco, no sólo dio muestras de carecer de toda aptitud, de todo carácter para conducirlos hacia la vivencia espiritual que les ofrecía el cristianismo que se trataba de implantar en estas tierras, sino que de manera reiterada incurrió en el ominoso pecado de escándalo ante los habitantes del pueblo, pues sus desórdenes y su evidente proclividad a regodearse descaradamente en una carnalidad desenfrenada cuya práctica, si estaba vedada para no importa qué cristiano, con mayor razón lo estaba para un ministro del culto católico a quien obligaba la castidad. Y no sólo se entregó a los placeres carnales, asesinó al hombre que en algún momento le reclamó el haber obligado a su mujer a cometer adulterio con él.

Otra paradoja en extremo interesante la constituye el proceder del propio obispo Zumárraga, quien en su afán, ciertamente explicable, de perseguir las supuestas infidelidades de los naturales, dio por válidas las acusaciones que el cura de Ocuituco lanzó contra aquellos indígenas y armó el juicio y dictó una sentencia que sin duda, y considerada la noble calidad de los acusados, obraba en desdoro de sus personas y del rango que habían ocupado en su región, pues los envió a trabajos forzados a las minas. La paradoja consiste en que la actuación precipitada del prelado no se corresponde con la experiencia que tenía en asuntos inquisitoriales, ni con la prudencia que siempre dejó ver en las determinaciones que tomó.

Una paradoja más, de las muchas que el libro nos descubre, y que llama la atención del lector, es aquella que muestra el deseo del Consejo de Indias de acallar una serie de faltas graves cometidas por un miembro del clero, concediendo al delincuente los documentos protectores que lo ponían a salvo de las autoridades novohispanas, particularmente del obispo Zumárraga. En efecto, el Consejo de Indias al parecer ni siquiera se preocupó por informarse sobre el caso del cura de Ocuituco y procedió, sin más, a protegerlo del castigo que merecía por las faltas que había cometido —verdaderos delitos de orden común: violación, estupro, asesinato, falsas acusaciones, perjurio, por no citar sino los más escandalosos— y que clamaban ser justamente castigadas.

Otro aspecto del libro de Sonia Corcuera que también llama poderosamente la atención es la manera como un hecho particular, inscrito en un proceso de cambios profundos en estas regiones, a través de los cuales se instauraba un nuevo régimen, cuyo eje se encontraba más allá del mar y cuyos postulados elementales eran distintos de aquellos de la antigua sociedad, viene a ser —este hecho— un acontecimiento revelador de las contradicciones que se vivían.

Es así que la actitud del obispo muestra un celo exagerado por mantener la pureza de una religión que apenas se estaba introduciendo en estas partes del mundo. Tal celo, incomprensible en nuestros días, sólo puede explicarse a través de los procesos ideológicos de la España de aquella época, en los que la religión era un elemento unificador de los reinos que constituían un nuevo estado surgido de la reconquista, a través de la cual los españoles habían ganado y vuelto cristianos los territorios antes enseñoreados por el islam, gesta que no hacía aún cincuenta años que había concluido.

Por lo que toca al cura de Ocuituco, Diego Díaz, individuo sin vocación religiosa alguna, cuya labor misional entre los indígenas se reducía a enseñar el catecismo a los indígenas leyéndoles una cartilla en náhuatl, bien podemos decir que, si bien en grado excesivo, viene a ser la imagen de muchos clérigos seculares y uno que otro regular, que pasaron a la Nueva España para vivir el relajamiento de las normas a las que, en tanto religiosos estaban obligados. Este fenómeno no ha sido aún estudiado tan exhaustivamente como sería deseable. En ese sentido el libro de Sonia Corcuera, a través de un caso particular, aparentemente intrascendente para la gran historia que se desarrollaba en el naciente virreinato —aquella que implicaba los procesos económicos, políticos, sociales y culturales—, es una invitación para adentrarse en ese sendero de la historia novohispana, a fin de comprender mejor los procesos que dieron lugar a la formación de nuestras identidades.

El libro de Sonia Corcuera constituye un estudio basado en una investigación cuidadosa, que nos permite acercarnos a un aspecto de la realidad novohispana que nos la muestra plena de claroscuros, de matices y de contradicciones que nos permiten descubrir en esa época no poco de lo que hoy somos. Sonia Corcuera se muestra como la historiadora que es, profunda e inteligente, buscando comprender en el pasado al ser humano que somos porque hemos sido.



Dominique de Courcelles, *Escribir la historia, escribir historias en el mundo hispánico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Embajada de Francia en México, 2009, 410 p.

José Rubén Romero Galván
Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

La historia del hombre se resuelve, parafraseando a Jean Cocteau, en el ámbito de una eternidad plegada. Nuestro tiempo es sólo una imagen dinámica de la perfección inmóvil, sin límites, sin pasado ni futuro, sin principio ni fin, a la que llamamos eternidad. Entre los pliegues de la misma, en el tiempo carente de perfección, el hombre encuentra puntos de referencia y asideros a los que se ata tratando de dar sentido al drama de su existencia.

Es allí, entre esos pliegues del no tiempo y tomándose de los asideros que en ellos encuentra, donde el hombre se da a la tarea de registrar, en soportes muy diversos que van de la memoria al papel, aquello de su devenir que considera importante, significativo y valioso. A veces ordena y explica todos esos hechos según el orden que considera es aquel que se aviene de algún modo a la realidad. En otras ocasiones, entre todo aquello que respecto del hombre sabe, y que guarda en la memoria, establece un orden con lazos que surgen del universo de su imaginación y que se inscriben en el ámbito de las ficciones. De la primera operación, inspirada por Clío, nace la Historia; de la segunda, gracias al aliento de Calíope, surge la Épica, y por extensión las narraciones literarias.

Es cierto que Clío y Calíope disfrutaron por mucho tiempo su mutua cercanía en el Monte Parnaso, bajo la mirada benevolente del gran Apolo. Quiso el destino, o más bien las pretensiones de los hombres, que, ya desde los tiempos de la Grecia clásica, las inspiraciones que de sendas musas emanaban comenzaran a tomar rumbos muy diversos, no obstante que desde siempre sus ámbitos, aunque cercanos, estuvieron bien acotados. Aquellos a quienes Clío inspiraba pretendieron apegarse rotundamente a la verdad, mientras que los que escribían bajo el influjo de Calíope pronto fueron considerados servidores de sus propias fantasías. El rumbo estaba trazado y hoy vivimos todavía los no muy afortunados resultados de tal distanciamiento.

Es así que el hombre se ha visto a sí mismo a través de una suerte de juego de espejos en los que uno de ellos corresponde a la memoria, otro a la explicación del pasado que pretende fincar en la verdad y otro más constituido por relatos que no obstante estar fraguados por ficciones, tienen como telón de fondo y obligada referencia a la realidad, o sea la verdad.

Escribir la historia, escribir historias en el mundo hispánico, versión española del libro que hace dos años, con el mismo nombre en francés, salió de las prensas de la editorial Vrin en París, es obra de Dominique de Courcelles. Constituye el primer producto escrito que, después de muchos años de llevarse a cabo, ha dejado la Cátedra Marcel Bataillon, auspiciada por la Embajada de Francia, el Instituto de Investigaciones Históricas y el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Se trata de una obra en la que las cuestiones fundamentales son la Historia y las historias, detrás de las cuales siempre está presente, de manera muchas veces discreta, la memoria que les da sustento.

La Historia, así en singular, de la que Dominique de Courcelles trata en su libro, es la disciplina cultivada por quienes con todo rigor se entregan a la investigación de las acciones del hombre en el pasado, con la finalidad, por supuesto de conocerlas, pero sobre todo de explicarlas y de establecer con ellas procesos que den cuenta ordenada del devenir del ser humano.

Las historias, así en plural, también abordadas por la autora, son aquellos relatos, casi siempre despreciados por quienes cultivan la Historia en singular, por considerarlos fruto de la imaginación de sus autores, sin darse cuenta de que tales narraciones constituyen fuentes de valor extraordinario para conocer el pasado en el que fueron creadas.

Un mérito notorio de esta obra es abordar tanto a la Historia como a las historias, y presentarlas como elementos que se engarzan, a través de un diálogo, en el marco de un acontecer muy complejo, que se inició en el ámbito de la península ibérica en las postrimerías de la Edad Media y que se extendió hasta el siglo xvii, cuando el mundo hispánico había excedido los límites que le habían correspondido a la original España visigoda, hasta incluir a la mayor parte del continente americano, además de algunos otros enclaves en Asia y África, aunque para el caso que nos ocupa sólo se haya privilegiado, muy acertadamente, España y Nueva España.

Este devenir, en el que la Historia y las historias se entretejen, es uno de los factores a través de los que se puede seguir puntualmente la manera

como el universo hispánico construyó de sí mismo una idea en la que España, en un primer tiempo, avanzó en la compleja construcción de una identidad, que impactaría de manera definitiva, en un tiempo posterior, la elaboración de otras formas de identidad en las que las diferencias de los reinos de ultramar respecto de la metrópoli desempeñaron un papel importante.

Sin duda cuando se trata de un acercamiento a las producciones historiográficas que corresponden a un ámbito distendido y a un tiempo prolongado, el abordaje de un proceso tal constituye sin duda un reto de proporciones mayúsculas. Dominique de Courcelles supo hacer frente a tal desafío al abordar en cada uno de los capítulos de su obra temas bien diferenciados que parecen cerrarse sobre sí mismos, aunque en realidad conservan una apertura discreta que les permite establecer el diálogo obligado con los otros temas que vienen a ser otros tantos capítulos, de suerte tal que en su conjunto resultan un todo armonioso que permite a quien concluye la lectura ser consciente de que ha entrado en contacto con un proceso que involucra las distintas maneras de escribir la Historia y de escribir las historias que se sucedieron en el universo hispánico, desde las postrimerías de la Edad Media hasta la época barroca.

Es así como la autora logra encarar uno de los objetivos del análisis historiográfico que es plantear la posibilidad de la existencia de procesos de esa naturaleza, que, de manera similar a sus hermanos los procesos históricos que se fundan en la explicación que ordena y relaciona acontecimientos trascendentes, engarza y ordena fenómenos escriturarios historiográficos a los que previamente ha dotado de plena historicidad.

Una cuestión ciertamente interesante que sobresale de entre las muchas que plantea Dominique de Courcelles en su obra es aquella que concierne a la verdad. Arriba aludimos a la lejanía que la mayor parte de los historiadores de nuestro tiempo da por bien sentada entre la historia y la literatura. Hasta donde percibo, esa diferencia tiene que ver en el fondo con la cuestión de la verdad, cuya supuesta presencia en el discurso del historiador o pretendida ausencia en el relato del literato se suponen absolutas, sin considerar que ambos discursos encierran verdad, pues si la historia busca expresar sólo aquello que es veraz, que implica verdad, por su lado la narración literaria se expresa en términos de verosimilitud, imitando aquello que se tiene por verdadero. De aquí resulta que ya implicar, ya imitar, no significa de ningún modo poseer, con lo cual una y otra, la histo-

ria y la literatura, estarían en circunstancias no muy distintas de cara a la tan buscada y tan lejana verdad.

Para Dominique de Courcelles el problema no es la verdad en sí, sino saber descubrir lo que un discurso, propiamente historiográfico o plenamente literario, muestra de la verdad de una época. En ello finca sus comentarios sobre una novela paradigmática no sólo para la lengua catalana, sino para el devenir de la narrativa ibérica. Se trata de *Tirant lo Blanc* de Juanot Martorel. Allí, como en la picaresca española, a la que dedica también un capítulo, deja en claro cómo es posible encontrar la manera de develar lo que de verdad contiene un discurso literario para mejor conocer una época. Esto lo logró dotando de historicidad a tales obras de la narrativa, como se dota de ella a un texto historiográfico para lograr analizarlo.

Con todo ello, Dominique de Courcelles demuestra plenamente la posibilidad de aquello a lo que muchos historiadores temen y respecto de lo que guardan una prudente distancia, a saber, el aprovechamiento de la producción literaria como una fuente de conocimiento histórico dotada de una riqueza incuestionable.

A lo largo del libro, la autora da muestras de una erudición, misma que pone siempre al servicio de la explicación de las obras que analiza y la coloca en situación de mejor explicar los fenómenos de que se ocupa.

Al final, queda claro para el lector que las obras analizadas están vinculadas con los complejos procesos identitarios que se dieron en el imperio español y que acunaron obras de diversa índole, entre las que es posible contar no sólo a las que salieron de las plumas de los ingenios de los reinos del imperio, sino incluso a aquellas que surgieron de los pinceles de sus pintores.

